

UNIVERSIDAD CENTRAL
FACULTAD DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y PAISAJE
CENTRO DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS, URBANÍSTICOS Y DEL PAISAJE



Raposo Alfonso / Valencia Marco
**Interpretación e Intenciones Arquitectónicas:
Elementos para un programa
de Investigación en Arquitectura**
Revista Electrónica DU&P. Diseño Urbano y Paisaje Volumen I N2.
Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje
Universidad Central de Chile.
Santiago, Chile. Julio 2004.

Interpretación e Intenciones Arquitectónicas: Elementos para un programa de Investigación en Arquitectura

ALFONSO RAPOSO / MARCO VALENCIA

RESUMEN

El cercenamiento de los imaginarios figurativos, la falta de anclaje paisajístico con el lugar y la ruptura de la continuidad histórica son aspectos de un proceso que generó la pérdida de vínculos entre la obra arquitectónica y el hombre en su vida cotidiana. Al respecto se presenta la idea de un programa de investigación. Se propone restituir una visión humanista de la obra arquitectónica, generando conciencia cultural respecto de su presencia en la ciudad. Se requiere para ello generar una arqueología de los significados entrañados en el paisaje edilicio. La atención se dirige a los significados derivados de las relaciones entre arquitectura y política y se propone como objeto de estudio la arquitectura de la vivienda social como expresión del relieve ideológico de la sociedad. Para constituir un punto de vista sobre la obra arquitectónica se revisan las cuestiones planteadas por Lefebvre, a la luz del pensamiento postmoderno ulterior, considerando autores como Lotman, Barthes, Benjamín, Pross, Lukács, Bordieu, Foucault, Geertz y otros.

ABSTRACT

The figurative imaginary cut of, do not have a related landscape with the place and the rupture of the historical continuity are aspects of a process that generated the lost of bonds between the architectural work and man's daily life. In this respect we get the idea of a research program. It's proposes to restore a humanist vision of the architectural work, generating cultural conscience regarding their presence in the city. It's required for this generate a meaning archaeology involved in the public landscape. The attention goes to the meanings derived of the relationships between architecture and politics, and it's proposes as study object social housing architecture as society ideological relief expression. In order to constitute a point of view on the architectural work are revised the expounded questions by Lefebvre, to the light of ulterior post-modern thought, considering authors like Lotman, Barthes, Benjamin, Pross, Lukács, Bordieu, Foucault, Geertz and another.

TEMARIO

1. SOBRE EL OBJETO DE ESTUDIO: LA OBRA/PRODUCTO
 - a) Contexto de la obra
 - b) Selección de la obra
 - c) Lugar de la obra
2. SOBRE EL PUNTO DE VISTA
 - a) Significados entrañados en la obra
 - b) Mensajes como designio arquitectónico
 - c) Arquitectura como mass media
 - d) Discursos arquitecturales
3. BIBLIOGRAFÍA

ANEXO: Enunciado de un temario preliminar

INTRODUCCIÓN

Una preocupación que, en el marco de la reflexión arquitectónica se expresa recurrentemente en la actualidad, se refiere a la pérdida de conexiones que cree advertirse entre la obra arquitectónica y el hombre. No se trata sólo del ensimismamiento de la arquitectura en su sintaxis figurativa o las tendencias de la estetización de la imagen en cuanto mensaje. Pareciere que al interior de la unidad teoría-práctica de la arquitectura surgieran fuerzas que la impulsan a desvincularse de la “otredad”, del hombre real y concreto para quien la arquitectura es su espacio existencial. La disolución de los referentes canónicos modernizadores de la arquitectura y su explosión polisémica en la posmodernidad, parecen concurrir en la configuración de un clima cultural propicio para que esto ocurra. Emergen, por tanto, reacciones que buscan reinstalar el reconocimiento de la integralidad del hombre y de las dimensiones de su cotidaneidad en el centro del escenario en se concibe la arquitectura.

La reflexión crítica, desde mediados del siglo pasado ha venido señalando grandes ordenes interrelacionados de falencias que la modernidad arquitectónico urbanística trajo consigo y que ponían de manifiesto las debilidades de su fundamentación humanística. Es en torno a estas fallas geológicas del territorio de la arquitectura que se han estado desarrollando los esfuerzos posteriores de restablecimiento del sentido de lo humano en la proyectación.

Un orden de estas grandes falencias surge al adentrarse la arquitectura contemporánea en la ideología funcionalista. Con ello se desliza también progresivamente en la reducción de la intención como materia de la imaginería visual y del lenguaje figurativo, estrechando con ello, en el cerco del ordenamiento abstracto univalente, las posibilidades de ser de la imagen. Con ello la somete a un virtual enmudecimiento frente a las necesidades de representación inherentes a las estructuras de la percepción humana. Con el reconocimiento de tales necesidades estructurales se abre la posibilidad de restablecer un espacio multivalente para la recreación de la imagen arquitectónico-urbanística (i.e: Venturi, Framton).

Otro orden de falencias correlativo, es la falta de anclaje territorial y paisajístico de la arquitectura en la lugaridad, que permita el desarrollo y arraigo de un clima existencial. El desarrollo de representaciones sociales en torno a las cuales se organiza la identidad de lugar y la seguridad ontológica de la reproducción de la vida social, parece requerir una consideración atenta de las preexistencias ambientales, como condición de una venturosa diferenciación simbólica (i.e: Benjamín, Lefebvre, Harvey).

El tercer orden de falencias con que se plasma la modernidad arquitectónica es el de la ruptura de la continuidad histórica, con su correlato de estructuración del olvido y su efecto disruptivo en la constitución de los textos distintivos y “aura” de la ciudad. Se trata aquí de restablecer dirección en la “espacialización social”, de dar soporte histórico a una mnemesis de las experiencias personales y colectivas. Esto significa prestar atención a la dialéctica de significaciones que se conjugan en el proceso de producción del espacio y la constitución simbólica de los significados y valores dominantes, en el paisaje arquitectónico-urbanístico (i.e: Shields, Habermas).

Lo que, en un sentido general, se percibe tras estos esfuerzos, es el reconocimiento de la ciudad como una “máquina de producción de sentido”, una suerte de interconexión entre las experiencias individuales y las representaciones de la cultura. La arquitectura y la arquitectura de la ciudad juegan aquí un rol fundamental como sustancia de la construcción social de la realidad y, por tanto, como instrumental político. Resulta imprescindible, en consecuencia, restituirle a la subjetividad humana el lugar que puede alcanzar en cualquier perspectiva de integración humanista con que quiera pensarse la producción del espacio. Se precisa para ello,

superar el dualismo ideológico que confinaba la subjetividad en los sótanos de las superestructuras. La subjetividad no es un epifenómeno del proceso de producción del espacio, que se desarrolla en el marco de la formación social, sino parte de su esencia constituyente. Hay, por tanto, que pensarla en su pluralidad de vínculos, es decir, mediante conceptos que enlacen arquitectura, personalidad, economía y sociedad.

Es en el marco de este encuadramiento general que se plantea la posibilidad de intentar un trabajo de investigación transdisciplinaria. Se trata de encontrar rutas que superen las prácticas puramente tópicas de considerar la arquitectura y que restablezca programáticamente una consideración humanística de la obra arquitectónica.

Teniendo como referencia la cartografía de la investigación arquitectónica trazada precedentemente, se intentará aquí, dar posición y contorno en ella, al programa de investigación arquitectónica que nos proponemos delinear¹. Para este propósito consideraremos tan sólo un par de coordenadas. Una habrá de referirse al objeto de estudio, la otra al punto de vista del programa propuesto.

Respecto del objeto de estudio, el programa de investigación que se propone focaliza su atención en “la obra arquitectónica”, entendida como formando parte de la arquitectura de la ciudad, es decir, en su atributo constituyente de los hechos de la ciudad y del paisaje urbano. Esto implica situarse en la encrucijada de la recepción y valoración de la obra arquitectónica y en las posibles rutas de su percepción, legibilidad e interpretación. Respecto del punto de vista, se trata de una perspectiva que, por ahora cree sentirse cómoda posándose en el cauce disciplinario de la historia de la arquitectura, en especial, filiándose a la historia de los significados de la obra arquitectónica. Revisaremos a continuación sucintamente las implicancias conceptuales y metodológicas de la posición adoptada en el programa que se propone.

1. SOBRE EL OBJETO DE ESTUDIO

Para referirse a la consideración de la obra arquitectónica y especialmente de sus significados, parece pertinente mencionar la distinción que propone Lefebvre (1974, pág 70) entre la noción de “obra” y la de “producto”, la primera alude a algo irremplazable y único, pone énfasis en los atributos de primordialidad, originalidad expresiva o peculiaridad de significado. La segunda se refiere a algo más general, a un resultado de prácticas productivas al interior de la economía política y biopolítica con que opera el conjunto del sistema social. Tras esta distinción hay una conexión que no debe olvidarse y cuya naturaleza ha de ser desentrañada. La perspectiva del programa investigativo que se plantea ambiciona participar de ese desentrañamiento. No se limita entonces a la “obra” de arquitectura sino que ha de penetrar también en su significado como producto, en cuanto generado en el marco del proceso de producción del espacio, inherente al existir social. La obra/producto arquitectónico, en cuanto objeto de estudio, sólo puede ser considerada, por tanto, reconociendo un ser social, en un determinado tiempo histórico, con determinada forma de ser, estar, hacer y tener.

¹ En el marco de esta proposición programática puede situarse dos proyectos de investigación. Uno es “El paradigma de la Corvi en la arquitectura habitacional chilena. 1953 -1976” financiado por UCEN y FONDECYT (Proyecto N° 1980264). Investigador Responsable: Alfonso Raposo; Coinvestigadores: Beatriz Aguirre, Vicente Gamez, Salim Rabí. Otro es el Proyecto de investigación N° 14-20 00 financiado por UCEN. “Arqueología del Paisaje Urbano de Santiago. Historia de la Arquitectura de la CORMU en la ciudad de Santiago. 1966-1976” Investigador Responsable: Alfonso Raposo; Coinvestigador: Marco Valencia.

a) El contexto de la obra

¿En que contexto situar la intención de un programa de investigación arquitectónica? Posiblemente, por el hecho de que la mirada a trazar ha de hacerse desde un momento de cierta obnubilación y olvido del sentido histórico de nuestro existir social, la atención tiende a dirigirse hacia la época de las grandes convicciones modernizantes que, en nuestra sociedad nacional, periclitó hacia mediados de la década de los 70. Si esta fuese la época contextualizadora, significa que, al considerar la producción del espacio en el contexto de nuestra realidad nacional, el telón de fondo de nuestra mirada deba constituirse con los discursos asociados a las políticas del Estado correlativas del industrialismo nacionalista, en el marco del capitalismo periférico.

En el tiempo en que ahora nos encontramos inmersos, asistimos a la ruptura y obsolescencia de los discursos que moldearon los proyectos modernizadores industrialistas y contemplamos la emergencia de la polisemia posmoderna despojada de proyectos de mundo, vaciada de esperanzas de integración y expurgada de imaginarios emancipadores. Paralelamente sentimos como el sentido y los ejes de referencia del “capitalismo mundial integrado” invaden, fragmentan y desvinculan las diversas esferas de nuestra vida. Es bajo estos signos de los tiempos que nuestra mnemesis cultural precisa de una arqueología de los significados que estructuran el paisaje urbano.

b) La selección de la obra

La mirada que busca desplegarse sobre la obra arquitectónica opera entonces con un prisma de selectividad. Privilegia aquellas obras en que sea posible encontrar más consistentemente el flujo subyacente de significados que conectan Arquitectura y Política. Esto nos lleva a focalizar la atención en la arquitectura generada desde el impulso de las instituciones de la sociedad que tienen que posicionarse políticamente frente a ella. En especial aquellas que deben propiciar el desarrollo de simbolizaciones de los significados de sus discursos, relatos y meta-relatos, con respecto a la producción de la vida societal. En esta perspectiva la consideración de la labor de las instituciones del Estado resultan prioritarias.

Pero no se trata sólo de ciertas obras sino también de ciertas épocas. Se privilegia un tiempo en que el Estado retiene gran parte de su responsabilidad con respecto a la conformación del paisaje urbano. Se trata de entonces de considerar las obras arquitectónicas en cuanto portadoras de significaciones expresivas de concepciones sobre la producción de la vida social y su correlato de direccionamiento político. Se intenta encontrar en estas concepciones, las visiones con que se considera la reconstitución y cambio del “espacio existencial” de la sociedad. Tras la imagen arquitectónica y urbanística de la ciudad habría, así, un paisaje ideológico a explicitar o develar. La comprensión arquitectónica de la ciudad, requeriría de una arqueología de su relieve ideológico.

Para estos efectos la capitalidad urbana resulta privilegiada. Las sociedades cultivan y hacen culto de sus ciudades, pero ello es especial en las ciudades capitales. Se suscita en ellas una imagen idealizada de las metas culturales y emerge un mayor voluntarismo en la constitución del simbolismo en el paisaje e imagen urbana y las formas arquitectónicas. En este contexto, la consideración de la arquitectura habitacional resulta particularmente expresiva de los elementos de deseabilidad social constituidos con respecto a la producción de la vida social, en el plano de lo cotidiano. Da cuenta, por tanto, de aspectos centrales del ethos social que habita al interior del pensamiento político y sus enunciados doctrinarios (Felsenhart, 1993). La acción habitacional impulsada por el Estado en el marco de sus políticas de vivienda social es por

tanto un área privilegiada en cuanto portadora de representaciones sociales sobre el ser, estar, tener y hacer de los distintos grupos objetivo de la acción pública: el pueblo, la clase trabajadora, la fuerza de trabajo, los sectores populares, los pobres, los estratos sociales medios y bajos, etc.

En síntesis. Tras la obra que se considera como objeto de un proceso programático de investigación hay, entonces, una conjunción de factores: un marco de misiones y competencias y acciones institucionales, un marco de requerimientos de desarrollo urbano originado por la capitalidad metropolitana y un marco epocal que sustenta un ethos socio-político. En virtud de esta conjunción entendemos esta obra, en lo esencial como arquitectura de la polis, es decir, como una arquitectura aseverativa de significados políticos referidos a la comunidad urbana. Por tanto, para comprenderla debemos situarla al interior del paisaje urbano, como forma de manifestación de la ciudad y de los distintos momentos de su producción espacial.

El programa de investigación que se propone consideraría la obra arquitectónica simultáneamente en tres planos de análisis. En un primer plano la obra arquitectónica se consideraría como una entidad en sí misma, como unidad de análisis. En un segundo se consideraría como constitutiva de la arquitectura de la ciudad o de sus fragmentos discernibles y en un tercer plano sería considerada como parte del paisaje urbano, o de sus mosaicos constituyentes y sus transformaciones históricas.

c) El lugar de la obra

Este tercer plano de análisis, el de la obra integrada en el lugar y en el paisaje, requiere una consideración más explícita. Se entendería el paisaje urbano no sólo como la manifestación formal del proceso de producción del espacio de la ciudad, sino también como una intención consciente de incorporar ordenes de significación en tal manifestación. El concepto de “paisaje urbano” comprende entonces un propósito deliberado en la producción de sentido, a ser dispuesto en el plano de lo aparente visible. Habría entonces una producción de paisaje urbano en cuanto acto de estetización de la política llevado a la dimensión de lo real. El paisaje urbano llega a constituirse así, como representación de relaciones sociales generadas en el transcurso del devenir de la sociedad. En este contexto, el modo de ser de la obra arquitectónica se define desde su concepción como elemento configurador de un paisaje voluntario.

Es en esta instancia de “concepción” donde se hace presente lo que aquí se denomina como paisaje ideológico. El fluir y la deriva de los discursos en el espacio público sedimenta configuraciones cognitivo-actitudinales en el ambiente institucional, las que son internalizadas por los agentes técnicos del dominio público. Así el *país*, en cuanto ser social, se trasmuta en *paisaje* ideológico al interior de los dominios institucionales. A partir de éste paisaje, se constituyen en el proceso de la proyectación, los elementos sémicos y las estructuras simbólicas expresadas como formas cuya “rostridad” muestra, al propio tiempo que oculta, sus elementos de sentido.

Frente a este modo de ser de la obra, se constituye otro modo de ser concurrente: la obra en cuanto recepción. Frente al paisaje urbano y sus intenciones se constituye, a partir de una lectura perceptual, un otro paisaje correlativo pero distinto del anterior. Hay pre-existencias cognitivo-actitudinales en el observador a través de las cuales se contempla el paisaje urbano. Algunas de estas pre-existencias son constructos constituidos a partir del deseo, de la satisfacción o la insatisfacción, referidos al espacio y su expresividad.

Por decirlo así: hay constructos de imagen de ciudad, que modelan la mirada a través de los cuales se percibe, recepciona y valora el paisaje urbano y la obra de arquitectura constituyente. Vemos a través de nuestra mirada y de lo que hay en ella previamente. Vemos a través de nuestras representaciones, vemos lo que queremos ver a través de lo que previamente se ha inducido culturalmente en nuestra mirada. Esto no es ninguna novedad. De todo esto se ha echado mano para la ostentación que han requerido las liturgias, ceremoniales y cortejos de todos los tiempos.

Pero no termina aquí. Este paisaje urbano de nuestra mirada, en cuanto imagen percibida, no es un producto inerte. Es activo, transforma lo que toca. A través de circuitos a veces subliminales o imperceptibles transmutan la percepción en nuevas formas de subjetividad. Recrea correlatos de miradas y percepciones que participan en el modelado y articulación del sentido de la vivencia, de la comprensión y de la experiencia, especialmente en el plano de la producción de lo cotidiano.

Es así como el espacio reingresa en el proceso social que lo constituye. Los constructos y preexistencia cognitivo-actitudinales puestos en juego en la concepción y la recepción de la obra cambian. Algunos se desgastan, otros se eclipsan, otros se sumergen en las formas de olvido, otros sobreviven resignificados en la historicidad. Emergen así nuevos paisajes y nuevas representaciones. Permanecen paisajes amnésicos que flotan en la obsolescencia de sus significados.

2. SOBRE EL PUNTO DE VISTA

Dirijamos ahora la atención al punto de vista programático a adoptar. ¿Ha de ser posible ver lo reseñado anteriormente, desde el interior de la perspectiva de la historia de la arquitectura?

Si tomamos posición en la ortodoxia formal de la disciplina histórica, deberemos decir que no lo sabemos, que eso dependerá de lo que encontremos en las fuentes. Son las aseveraciones colegibles de los discursos expresados en el texto de los documentos lo que permitirá o no, hacer una historia de la arquitectura y del paisaje urbano generado desde el dominio público. Pero también podríamos tomar una posición heterodoxa y pensar que la historia de tal arquitectura se hace a través de las obras arquitectónicas y que son estas, en su propio plexo, las portadoras del texto de sus significados (Luego podríamos delinear conclusiones derivadas de la conexión de los hallazgos que emergen de ambas posiciones. Hemos aquí en el más flagrante sincretismo).

El asunto es ¿Cuan sustentable es esta posición heterodoxa? ¿Puede haber texto y por tanto, legibilidad, en la expresión arquitectónica? Hay posturas al respecto. Convoquemos una posición dura como la expresada por Lefebvre (1974) en la década de los 70. Al considerar las relaciones entre espacio y lenguaje anota las siguientes preguntas:

- a) *¿Tienen significado los espacios formados por las actividades práctico-sociales sean estos paisajes, monumentos o edificios?*
- b) *¿Pueden ser tratados como mensajes, los espacios ocupados por un grupo social o varios de tales grupos?*
- c) *¿Pueden ser vistas las obras arquitectónicas y urbanísticas como un tipo de mass-media, aún cuando sea inusual?*

- d) *¿Puede viablemente concebirse un espacio social como si se tratase de un lenguaje, o como un discurso, dependiente respecto de una determinada práctica (escribir/leer)?*²

Lefebvre, aparte de reconocer las evidencias que permiten responder afirmativamente la primera pregunta, cuestiona la posibilidad de hacer lo mismo con las siguientes. Frente a la segunda pregunta advierte que si bien el espacio contiene mensajes, posee también mucho más que eso, comporta funciones, formas, y estructuras sin conexión necesaria con el discurso. Respecto de las dos últimas, su autor visualiza una respuesta que incluye importantes reservas que presenta bastamente en su obra. Anotemos aquí sólo su sentido general:

*“Podemos asegurar, en cualquier caso, que entender el lenguaje y del sistema de signos verbal y no verbal sería de gran utilidad en cualquier intento de comprender el espacio. Hubo alguna vez una tendencia a estudiar cada elemento o fragmento del espacio separadamente, buscando relacionarlo con su propio particular pasado, una tendencia a operar como si fuese un proceder etimológico. Hoy, por otra parte los objetos preferidos de estudio son conjuntos configuraciones o texturas. El resultado es un formalismo extremo, una fetichización de la consistencia en el conocimiento y de la coherencia en la práctica, en breve, un culto a la palabra. Esto, a su vez, ha generado la queja de que, en el marco de esta tendencia, el discurso y el pensamiento no tienen nada que expresar sino a sí mismos. Esto es, una posición que no nos deja con la verdad, sino meramente con significados, con espacio para la obra textual, y sólomente la obra.”*³

Si hemos de persistir en nuestro empeño programático sería necesario entonces examinar las objeciones lefebvrianas. Por cierto, no pretenderemos hacer tal cosa a título propio. Lo que está a nuestro alcance en el marco de estas notas, no es más que disponer frente a cada una de sus preguntas algunos breves fragmentos de discursos que puedan abrir perspectiva a las cuestiones planteadas.

a) Los significados entrañados

La cuestión concerniente a que los artefactos culturales como la edificación o el paisaje urbano “significan”, es decir “poseen” o remiten a significados, no está puesta en duda por Lefebvre. Está claro que tienen un comportamiento signico y pueden ser entendidos como tales. Lo que él cuestiona es la capacidad del proceder semiológico circunscrito al “texto”, que prevalecía en la década de los 70, para dar soporte a una teoría general de la producción del espacio.

*“Cuando los códigos que operan en el texto literario se aplican al espacio, -por decir: a los espacios urbanos- permanecemos, como es fácil demostrar, en el nivel puramente descriptivo. Cualquier intento de usar tales códigos como un medio de descifrar el espacio social, puede reducir el espacio mismo al estatus de mensaje y lo que habita en él al estatus de lectura. Esto es evadir tanto la historia como la práctica. ¿Existe acaso, entre el siglo XIV y XIX, un código, simultáneamente arquitectónico, urbanístico, político, constituyendo un lenguaje común para las gentes rural, urbana, autoridades, artistas – un código que permita no sólo que el espacio sea leído sino también construido? Si, en verdad existió dicho código, ¿Cómo llegó a constituirse?, ¿Cuándo, cómo y por qué desapareció?”*⁴

² Todas las citas textuales de H. Lefebvre corresponden a traducciones libre del autor desde la versión en inglés.

Lefebvre (1998 [1974]) “The production of space”, pág. 131.

³ *Ibíd.*

⁴ **Lefebvre**, op. cit. pág. 7.

Como puede advertirse la preocupación lefebvriana se dirige hacia fenómenos globales o de larga duración, hacia una teoría general que explique la aparición y desaparición de los códigos generales de una constelación de significados culturales. Ello requiere poner en relación las prácticas y los discursos, los comportamientos estructurales de la sociedad y la agencia que discurre en ella. Eso es, ciertamente, bastante más que lo que podría mostrar una lectura semiológica. Esto no es, sin embargo, incompatible con el análisis histórico de los momentos más fugaces.

“Hasta que punto un espacio puede ser leído o decodificado?... Como se señaló anteriormente, sin aducir pruebas o argumentos de soporte, la noción de mensaje, código, información, etc. no nos ayudan a trazar la génesis del espacio; sin embargo el hecho permanece, un espacio ya construido puede ser decodificado, puede ser leído. Tal espacio implica un proceso de significación. Y aún si no existe un código general del espacio, inherente al lenguaje o a todos los lenguajes, puede haber existido un código específico, establecido en un período histórico específico y variable en sus efectos. Si es así, ‘sujetos’ interesados, como miembros de una particular sociedad, habrían accedido por este medio a su espacio y a su estatus como sujetos actuando dentro de este espacio y (en el sentido amplio del término) comprendiéndolo.”⁵

Tal es, en rasgos generales, el supuesto que sirve de base al programa de investigación que aquí se está esbozando. Sin embargo, las citas invocadas precedentemente, si bien satisfacen nuestra necesidad de corroboración, pueden también abrir algunos interrogantes. Querámoslo o no, un programa de legibilidad histórica de significados en el texto de la obra arquitectónica nos sitúa en el territorio de la semiología. Aunque puede resultar innecesario, dada la vastedad del concernimiento que ha alcanzado la semiología con las formas significativas en general, parece útil encontrar algunos elementos de corroboración de nuestro eventual posicionamiento en este campo. Creemos que tal corroboración puede emerger, por ejemplo, desde la semiótica de la cultura en su orientación lotmaniana. En el prólogo de la edición española de la obra de Lotman (Lozano, 1999) se destaca el desarrollo de una orientación semiológica hacia la cultura, considerada como conjunto complejo de significaciones que organizan la estructuración del mundo.

“La cultura como conjunto complejo se halla formada por estratos que se desarrollan a diferente velocidad, de modo que cualquier corte sincrónico muestra la simultánea presencia de varios estados. Esto, sin embargo, dice Lotman, no excluye su interacción. La dinámica de los procesos, en la esfera de la lengua y de la política, de la moral y de la moda, demuestran las diferentes velocidades de movimiento de estos procesos.”⁶

Conforme a esta orientación, el lenguaje no concluye en el código sino que se articula con la historia. La comunicación no se explica como transmisión con señal inalterable y transferencia o paso monolingüístico de información. Tal reducción aísla el texto de la cultura y del espacio histórico que lo circunda. Representa una concepción estática que deja fuera procesos complejos de traducción, transformación y adecuación de la acción comunicativa, los que se ejercen en relación a tensiones y reacciones pre-existentes y emergentes que son por naturaleza históricas. Tal proceso es la denominada semiosis, la cual transcurre en un espacio semiótico al que Yuri Lotman denomina “semiósfera”. Reconoce con ello el hecho global de lo humano como inmerso en la interacción de los lenguajes. El ser humano existe en el espacio y el tiempo, pero la experiencia de ello ha de manifestarse significativamente, es decir, a través

⁵ Lefebvre, op. cit. pág. 16.

⁶ Lozano. Cultura y explosión en la obra de Yuri Lotman.

de una semiosis que acontece en la semiósfera tanto individual como colectivamente: “*Separar al hombre del espacio de las lenguas, de los signos, de los símbolos, es tan imposible como arrancarle la piel que lo cubre*”⁷. No se puede, por tanto comprender lo humano sin aproximarse al desentrañamiento de las estructuras de significación que lo constituye. La persona significa. La posibilidad del ser reside en su significación. Todo producto humano se encuentra afecto a significación. Los productos culturales: objetos, artefactos o prácticas, la poseen y son susceptibles de resignificación.

b) Los mensajes como diseño arquitectónico

Si bien, como se indicó precedentemente, hay significación radicalmente entrañada en la expresión de la obra-producto arquitectónico-urbanística (formas significantes), no es evidente que tal significación pueda constituirse en un “mensaje” (forma de lenguaje, al servicio de las necesidades de información y comunicación humana), ni es claro a quién está dirigido. El mensaje supone un proceso constituyente: una intención puesta comunicacionalmente en acción, una articulación de significados según un esquema organizador, una codificación retóricamente mediada, una anticipación de contenidos de conciencia constitutivos de la dotación social de sentido, una construcción social de realidad y de memoria social constitutivas de las condiciones de recepción con las que el mensaje interactúa. Si estas instancias se encuentran en la constitución del mensaje, entonces, claramente, los mensajes no están circunscritos al lenguaje verbal sino que también se extienden a los lenguajes no verbales o figurativos en sus múltiples formas de conformación de imágenes.

En la imagen se encuentra, desde luego, el mensaje constituido como denotación, el significado primario o primer orden de significación. Pero, más allá de éste, Roland Barthes reconoce el despliegue de un segundo orden de significaciones que opera connotativamente. No existen imágenes denotativamente resistentes al desarrollo de connotaciones, por tanto se ha constituido la práctica de la imposición y despliegue parasitario de connotaciones que este autor denomina “mitos”. A través de ellos opera la construcción mitológica de una realidad ilusoria pero consonante con normas, significados y valores funcionales a la estructura de dominación de la sociedad. La tarea que asume Barthes es la operación crítica de descifrar y hacer explícita la funcionalidad subyacente en la apariencia de naturalidad y neutralidad de este segundo orden de significados, en especial el que se constituye a través de los medios de comunicación de masas y del arte.

Parece posible, a partir de esta concepción, intentar distinguir otras prácticas de connotación que no necesariamente devengan en “mitología”. Podría pensarse, por ejemplo, en las operaciones de resignificación puestas en juego en las prácticas de la preservación patrimonial o del proceder del coleccionista, sin perjuicio de que estas mismas prácticas puedan ser luego connotadas “mitológicamente”.

De otra parte, en los procesos de concepción que nutren la producción del espacio, debe haber conciencia de que si el mensaje ha de anticipar su eficacia debe por tanto considerarse tanto su consistencia denotativa como su potencial connotativo. Ambos aspectos suponen tener en cuenta las comunidades interpretativas con las que habrá de establecerse relación en términos de plausibilidad y verosimilitud. Puede haber varios mensajes en la imagen del espacio arquitectónico-urbanístico, dirigidos a distintos sujetos, quienes pueden, a su vez, resignificar denotativa y connotativamente el espacio. La edificación tiene un compromiso no sólo con la vida

⁷ Ibíd.

para la cual se constituye como un donde, sino que también para la vida de otros, con el espacio público y la imagen urbana en que participan.

c) La arquitectura como mass-media

La denominación “medios de comunicación de masas” surge en los primeros esfuerzos de investigación referentes al impacto de las tecnologías de la comunicación sobre la sociedad. Se concibe entonces un modelo de comunicación que supone, por una parte, la emisión de mensajes activamente poderosos con capacidad de modificar conductas y actitudes de personas y organizaciones. Por otra parte supone audiencias, públicos o receptores, pasivamente expuestos a los efectos de la comunicación y vulnerables frente a objetivos de persuasión y modelación. A la luz de ulteriores investigaciones, se hizo manifiesto lo inadecuado de la expresión mass-media. Ni los mensajes poseían la capacidad que se les atribuían, ni el receptor resultó ser una masa homogénea de individuos. No hay efectos únicos del mensaje sino que su contenido es susceptible de múltiples interpretaciones. Tampoco hay masa sino conjuntos heterogéneos de personas y grupos activos, socio-culturalmente condicionadas por su inserción en un sistema social, dotados de estructuras personales de recepción y selectividad, y con capacidad de discriminación frente a los mensajes emitidos y transmitidos por los medios (Otero, 1999).

Dada esta multiplicidad de significados que pueden tener los mensajes portados por las imágenes del espacio arquitectónico urbanístico, su estudio podría ser visto como un extenuante ejercicio de dudosa utilidad, pero también es esta diversidad de posibles significados que emergen en el marco de la cultura lo que hace necesario su análisis. Por ejemplo: no se ha detenido el análisis de la obra poética mistraliana o nerudiana porque están emergiendo constantemente de ellas significados nuevos y diversos.

En esta empresa hay ciertamente objetivos de diferente accesibilidad y enfoques metodológicos de distinto alcance. Un objetivo sería desarrollar una indagación sobre el significado de la imagen del conjunto de las ciudades chilenas, otra sería investigar cómo las ciudades desarrollan ciertos singulares entretejimientos de significados que le dan sentido de identidad, como sería el caso, por ejemplo, de la “romanidad” de Roma. Otra, es desentrañar arqueológicamente los significados ideológicos de los distintos fragmentos discernibles de la ciudad. Entendemos, entonces la pregunta de Lefebvre, en cuanto referida a una perspectiva metodológica que busque tales significados en la imagen arquitectónico urbanística de la ciudad, reconociendo en ella la constitución de un determinado “texto-mensaje”. Ya sabemos que éste es portador de discursos que se despliegan interdiscursivamente en el conjunto de la cultura.

Que la arquitectura se constituye portando mensajes es una afirmación que encuentra soporte en la actividad de diversos investigadores. El análisis de Harry Pross (1974) sobre las formas y estructuras de simbolización del poder, a nivel de la organización del espacio físico, es un buen referente en este respecto.

Los símbolos políticos más relevantes remiten a las categorías de arriba/abajo, dentro/fuera, claro/oscuro. El hecho fundamental de que el individuo sólo puede experimentar la realidad mediante signos, se convierte en un medio de dirección de los hombres por parte de otros hombres con ayuda de los signos.”⁸

⁸ Pross (1974), pág. 75.

En la concepción de este autor hay un poder simbólico del orden, el que se configura como una constelación de signos estructuradores de consenso. Al interior del consenso se encuentra la dialéctica de la subordinación y supraordinación. Es esta relación la que aparece simbolizada presentativa y discursivamente operando a través de formas. En ésta reflexión Pross se encuentra con György Lukács (1974) a quien cita:

“El receptor cree que los contenidos actúan sobre él; no sabe que todo a través de lo cual él percibe los contenidos: tempo, ritmo, acentuaciones, elipsis, distribuciones de luz y sombra, etc. es la forma, o mejor dicho, la vía que lleva a la forma como centro inmediato... La forma es la que ordena en un todo cerrado la vida que hay en ella como materia, en una obra... Es la que empuja las cosas a un primer plano o las deja en último plano, agrupándolas (Lukács 749).”⁹

Concluye Pross: desde el punto de vista de la vida social, son las formas las que deciden, no los contenidos.

Otro cauce de pensamiento que se abre paso hacia la consideración de la arquitectura como un medio de comunicación es la reflexión de Pierre Bourdieu (1999), quien examina las mediaciones que el espacio arquitectónico-urbanístico hace con respecto a las estructuras de poder:

“Así, la estructura del espacio se manifiesta, en los contextos más diversos, en la forma de oposiciones espaciales, en las que el espacio habitado (o apropiado) funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social. En una sociedad jerárquica, no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y distancias sociales”... “En términos más generales, las sordas conminaciones y los llamados al orden silenciosos de las estructuras del espacio físico apropiado, son una de las mediaciones a través de las cuales las estructuras sociales se convierten progresivamente en estructuras mentales y sistemas de preferencias. Más precisamente, es indudable que la incorporación insensible de las estructuras del orden social se cumple, en buena medida, a través de la experiencia prolongada e indefinidamente repetida de las distancias espaciales en que se afirman determinadas distancias sociales, y también, más concretamente, a través de los desplazamientos y movimientos de los cuerpos que esas estructuras espaciales, y con ello naturalizadas, organizan y califican socialmente como ascensión o declinación, entrada (inclusión, cooptación, adopción) o salida (exclusión, expulsión, excomunión), acercamiento o alejamiento con respecto a un lugar central y valorizado.”¹⁰

La arquitectura es de cuerpo presente, es actoral, esta puesta en escena, responde a una dramaturgia. Es un buen medio para la circulación de formas de significación que interesan a los sectores dominantes en la sociedad. Por cierto, los significados de la ciudad o de fragmentos de su edificación no se agotan en el texto-mensaje arquitectónico urbanístico, sino que emergen de las múltiples formas en que opera la construcción social de la realidad.

Por cierto habrá arquitectura sin parlamento, inexpresiva, magra de palabra o de natural laconismo, pero habrá otras abiertamente constituidas en una suerte de intencionalidad narrativa y orientadas a diversos géneros de relato, sin que nada garantice necesariamente su coherencia interna. En este respecto el programa que se propone toma como objeto de estudio

⁹ Pross. op. cit. pág. 76.

¹⁰ Bourdieu (1999). pág 122.

aquella arquitectura con buenas razones históricas para constituir mensaje. Plantea que hay momentos en los cuales el poder se vale de las formas para organizar activamente su utopía.

d) Los discursos arquitecturales

Las reflexiones consideradas precedentemente sugieren bases para pensar que la expresividad de la imagen provista por el espacio arquitectónico urbanístico constituyen: constelaciones signícas de significaciones que devienen en actos comunicacionales de mensajes denotativos y connotativos. Consideremos ahora algunas reverberaciones que surgen de la cuarta pregunta propuesta por Lefebvre. Se trata del asunto del lenguaje en que se expresa el mensaje y de la originación del discurso o los discursos contenidos en él.

Si tomamos como base la noción lotmaniana de semiosfera (que dicho sea de paso, parece una de las dimensiones generales de la noción de “noosfera” de Theilhard de Chardín), puede afirmarse que la condición humana de estar inmerso en el lenguaje determina que cuanto el hombre hace se constituye también al interior del lenguaje. En este respecto la afirmación precedente parece ser un corolario de la reflexión de Maturana (1995).

“Todo quehacer humano se da en el lenguaje y lo que en el vivir de los seres humanos no se da en el lenguaje no es quehacer humano; al mismo tiempo, como todo quehacer humano se da desde una emoción, nada humano ocurre fuera del entrelazamiento del lenguaje con el emocionar y por lo tanto, lo humano se vive siempre en un conversar”... “Decir que todo lo humano se da en el conversar, es decir que todo quehacer humano, cualquiera sea el dominio experiencial en que tiene lugar, desde el que constituye el espacio físico hasta el que constituye el espacio místico, se da como un fluir de coordinaciones conductuales consensuales de coordinaciones conductuales consensuales, en un entrelazamiento consensual con un fluir emocional que también puede ser consensual.”¹¹

Por cierto, no se pretende que quede así establecido un nexo entre los fundamentos biológicos de la realidad que presenta Maturana y las reflexiones semiológicas de Lotman, aunque sin duda hay una interdiscursividad a explorar y establecer entre ambos discursos. Provisionalmente, para los efectos del presente planteamiento nos adscribimos a ambos referentes. El espacio arquitectónico urbanístico y la expresividad de su imagen sí es lenguaje. Se trata ciertamente del lenguaje de la arquitectura. Aquel con que se configura el texto arquitectónico, el ropaje semiológico arquitectural que viste la unidad significativa a comunicar. Como tal, se constituye en el fluir de coordinaciones conductuales consensuales y se instala como parte de la semiósfera.

Lo que se instala en el cuerpo del texto entrejiéndose con él, son discursos. Nos referiremos a estas entidades tomando como referencia la concepción que al respecto desarrolla Michel Foucault. Estos son flujos de entramados de significación, en proceso de unificación y diferenciación bajo la forma de articulación de enunciados.

La arquitectura puede ser leída, entendida como texto. Contenedora de diversos enunciados en sus fragmentos, portadora de códigos y signos que nos dicen algo. Ahora bien, cuando estos enunciados obedecen a ciertas reglas de formación y acceden a determinadas posiciones institucionales en un determinado lugar, estamos frente a un discurso.

¹¹ Maturana (1995). pág. 28 – 29.

Para penetrar en el tema de las significaciones discursivas es necesario tomar, en primer término, las nociones de significado presentes en la Antropología Social. La antropología se pregunta por el significado en cuanto tal a partir de Geertz¹², en especial cuando este señala que la cultura es un patrón históricamente transmitido de sentidos incorporados de símbolos. Plantea que el concepto de cultura es esencialmente semiótico, asumiendo al hombre como un animal inserto en tramas de significación que el mismo ha tejido. Considera que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser, por tanto, no una ciencia experimental, sino una ciencia interpretativa en busca de leyes. Analizar es para Geertz desentrañar estructuras de significación y determinar su campo social y su alcance. La antropología estructural añade a este primer momento de análisis interpretativo, una búsqueda por establecer regularidades en los entramados de significación. Del mismo modo, los llamados pos-estructuralistas utilizarán la noción de discurso como herramienta para analizar y develar las estructuras del lenguaje que articulan las relaciones de poder y subordinación existentes en una sociedad

Ahora bien, si se reconoce que la arquitectura puede ser entendida como lenguaje, en tanto expresa y comunica no verbalmente imágenes dotadas de forma y contenido, vale la pena plantearse sobre la naturaleza de aquella comunicación y sobre los mensajes que de ella se derivan. Es decir ¿Qué caracteriza los procesos de recepción y valoración de una obra/producto arquitectónico?

Frente a esta interrogante se debe aclarar primeramente que no se entiende el proceso comunicativo desde la forma tradicional de emisor y receptor, en donde el receptor es un ente más bien pasivo, y los mensajes transmitidos resultan ser flujos de comunicación que no sufren procesos de alteración contextuales y subjetivos. Del mismo modo se reconoce que la relación existente entre una imagen y un receptor, no representa siempre la transmisión de un mensaje “puro” e inalterable, por el contrario, se asumen diversos grados de autonomía en los receptores a la hora de consumir imágenes y mensajes.

Ahora bien, despejando el concepto de comunicación y asumiéndolo desde una perspectiva del lenguaje en el sentido amplio descrito con anterioridad en el texto, es necesario develar el tema de la discursividad implícita en el producto arquitectónico. Se entenderá discurso como un conjunto de enunciados posibles de reconocer en una sociedad que conforman un todo lógico y coherente y que por lo general adquiere una dimensión histórica (Foucault)¹³. Dicho de otra forma, discurso es un término que incluye cualquier categoría o forma cultural, constituyéndose, para Foucault, en la base de la praxis cultural:

“(discurso es) ...un conjunto de enunciados que por obedecer a determinadas reglas de formación acceden a determinadas posiciones y significaciones institucionales en un determinado lugar.”

La forma de abordar los discursos históricos en Foucault, no es aquella forma convencional de relato lineal, sino más bien la reconstrucción a partir de retazos, coyunturas, vacíos, lagunas; que están lejos de responder a la secuencia causa-efecto. De esta forma, se puede afirmar que lo que el análisis del discurso busca no es la función sino el espacio (campo) donde surgió el discurso. Aquel espacio de surgimiento es definido por Foucault como un espacio topológico,

¹² **Clifford Geertz**. La interpretación de las culturas, 1985.

¹³ También resulta relevante el proceso planteado por Foucault para el estudio de la Historia de las discontinuidades, en donde es relevante estudiar la obra o el acontecimiento como monumento describiendo su especificidad de articulación interna y externa con el contexto histórico. En este sentido es pertinente el estudio de la obra producto arquitectónico como monumento en el sentido de Foucault develando las tramas discursivas que la componen y su propia forma de articulación enunciativa. **Michel Foucault**. La arqueología del saber, 1972. pp. 3-29.

es decir, figurado, alegórico. Tal espacio encuentra su propia regla de dispersión en la capacidad de las palabras para decir lo mismo de diferentes formas, o para decir diferentes cosas con las mismas palabras, volviendo circularmente sobre si mismas para adoptar su propia modalidad de articulación como significado.

El análisis de discurso de Foucault no se limita entonces a lo dicho por otros en tanto relación significado-significante, en forma de hechos autónomos, sino como acontecimientos y segmentos funcionales que gradualmente se reúnen para formar un sistema. Entonces:

“El significado de un enunciado vendría entonces definido, no por el tesoro de intenciones que pueda contener, sino por la diferencia que expresa sobre las afirmaciones reales o posibles, que son contemporáneas con aquello a lo que opone en la serie lineal del tiempo.”

La intención de constituir una historia sistémica de los discursos, se sustenta en una serie de principios reguladores del análisis que Foucault definió en el Orden del discurso: las nociones de regularidad, acontecimiento, serie y condiciones posibles de existencia.

Juegos de lenguaje y contextos posibles, los discursos en Foucault permiten sobrepasar la relación unívoca entre significado-significante, internándose en un mundo donde es posible estructurar relaciones diversas entre saber, y poder. Ello permite analizar las conexiones interdiscursivas entre ciencia y arte, entre política y estética, etc.

De esta forma es posible preguntarse si la obra arquitectónica, entendida como discurso, responde tanto a las intenciones personales del creador y a las normativas de una escuela disciplinaria, como al marco contextual sistémico de juegos de oposiciones múltiples, expresadas en términos de voluntades de verdad (de poder, deseo o saber). Múltiples discursos que influyen en la configuración espacial y estética de las sociedades. Así, la producción del espacio puede entenderse también como un campo de relaciones discursivas en donde cada significante no tiene necesariamente un correlato directo con un significado. Es decir, la arquitectura como posibles metáforas o retóricas de cristalización de deseos socio-culturales.

El asumir la validez de los discursos como juego de significaciones lleva invariablemente a plantearse el tema de la representación (imagen, signo, en definitiva metáfora). La imposibilidad de desnudar la metáfora, en cuanto el lenguaje es metafórico, es expresada por Derrida:

“Metáfora circula la ciudad, nos transporta como a sus habitantes, en todo tipo de trayectos, con encrucijadas, semáforos, direcciones prohibidas, intersecciones, limitaciones y prescripciones de velocidad. De una cierta forma-metafórica claro está, y como modo de habitar-somos el contenido y la materia de ese vehículo: pasajeros, comprendidos y transportados por la metáfora.”¹⁴

La metáfora es entonces en su particular condición un vehículo, que hecha a andar la idea de la representación. En ella se hace presente una necesidad imperiosa: develar el sentido que subyace tras de sí. La metáfora encerraría en el fondo no sólo el imaginario de un procedimiento del que resulta lo metafórico en sí, sino la cualidad propia del signo y de lo simbólico en cuanto tal; la idea misma de la representación y, en su origen, la noción de la diferencia. La diferencia ontológica que fundamenta toda presencia, que nos permite distinguir entre lo propio y lo figurado, lo visible y lo invisible. La dualidad de principio sobre la que el

¹⁴ Derrida “La metáfora arquitectónica”. En: No escribo sin luz artificial, 1999.

concepto de lo metafórico supone que algo podría ser dicho de otra manera encubre ya una voluntad trascendental: la posibilidad de un contenido más allá de la forma.

Según este marco analítico es pertinente preguntarse por la existencia posible de discursos arquitectónicos factibles de identificar en el seno de una sociedad histórica, o también es menester preguntarse por la relación de dominio o hegemonía que otros discursos sociales puedan haber ejercido sobre la arquitectura y su propia discursividad. En este sentido, se siguen las interrogantes expresadas por Derrida¹⁵ en relación con la capacidad de la arquitectura de constituirse como un discurso autónomo de otras discursividades, que este autor considera como hegemónicas (El discurso político, el discurso religioso) que indudablemente expresan sus mensajes bajo códigos y símbolos, espaciales y arquitecturales (Pross, Bourdieu).

El desafío derridiano es repensar la historia de las discursividades desde los márgenes, es decir, de aquellas zonas oscuras en donde los diversos discursos existentes en una sociedad se entrecruzan estableciendo diversos grados y formas de relaciones (cooperación, hegemonía, subordinación, etc.).

En este marco es que para el estudio de la relación entre política y arquitectura sea necesario indagar en aquellas zonas de transdiscursividad y caracterizar la naturaleza de aquellas relaciones.

Del mismo modo resulta relevante el análisis de la relación del discurso arquitectónico (o de la obra-producto) con otras discursividades no hegemónicas como los discursos cinematográficos, pictóricos, o con los de la cultura popular o vernacular.

Es menester, por tanto, re-situar los análisis de la arquitectura y la ciudad desde una perspectiva que permita entrelazarla tanto teórica como metodológicamente, con los discursos de la producción social de la realidad: flujos de discursos desde lo político, lo económico y lo cultural. En especial si se sitúa la investigación desde la perspectiva de una historia de coyunturas, historias de cambios mentales y culturales que tiene de alguna forma una manifestación en la producción del espacio. De esta forma podremos diferenciar aquellos fragmentos de ciudad y de arquitectura que son portadores de historicidad, es decir cargadas discursivamente, de aquella arquitectura más bien silenciosa, menos llena de sentido y, algunas veces desprovista de memoria colectiva.

En resumen, el análisis de discurso como una teoría y metodología de acercamiento que permite diferenciar la profundidad de los discursos espaciales en nuestra historia y sus grados de conexión con los otros contextos discursivos.

3. BIBLIOGRAFÍA

Barthes, Roland. Susurros del lenguaje. Paidós, Buenos Aires, 1990.

Benjamin, Walter. Illuminations. Fontana, London, 1973.

¹⁵ Los planteamientos de **Derrida** en torno al asunto de la arquitectura como discurso en "La metáfora arquitectónica". En: No escribo sin luz artificial, 1999.

Bourdieu, Pierre. Efectos de Lugar. En: "La Miseria del Mundo". Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1999. pp. 119 - 124.

Broadbent, Geoffrey / Bunt, Richard / Jenks, Charles. El lenguaje de la arquitectura. Un análisis semiótico. Editorial Limusa, México, 1984.

Derrida, J. "La metáfora arquitectónica". En: No escribo sin luz artificial, 1999. en: www.personales.ciudad.com.ar/Derrida/arquitectura.htm.

Foucault, Michel. La Arqueología del saber. Ed. Siglo XXI, 1971.

Frampton, K. Historia crítica de la arquitectura moderna. Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1981.

Fersenhardt, Cristina. La ciudad de Santiago y las viviendas de la clase media. Tesis doctoral. Director de Tesis: Oriol Bohigas. Barcelona, 1993. En: "ARQ 24". Escuela de Arquitectura. Pontificia Universidad Católica de Chile. Septiembre, 1993.

Habermas, Jurgen. Conciousness and the urban experience. Blackwell, Oxford, 1985.

Habermas, Jurgen. El discurso filosófico de la modernidad. Taurus, Madrid, 1985.

Habermas, Jurgen. The structural transformation of the public sphere: an inquiry into a cathegory of bourgeois society. Polity, Cambridge, 1968.

Hays, K. Michael (Editor). Architecture. Theory. since 1968. The MIT Press, Cambridge, 2000.

Lefebvre, Henri. The production of space. Ed. Blackwell, [1974] 1998.

Lotman, Yuri. Estructura del texto artístico. Ed. Itsmo, Madrid, 1988.

Lozano, Jorge. Prólogo a la edición en castellano. En: Lotman, Yuri M. Cultura y Explosión. Lo previsible e imprevisible en el proceso de cambio social. GEDISA, Barcelona, 1999. en: www.ucm.es/info/especulo/numero/1/lotman2.html

Maturana, Humberto. La realidad: ¿objetiva o construida? I. Fundamentos biológicos de la realidad. Universidad Iberoamericana, ITESO. Ed. Anthropos, Barcelona, 1995.

Otero. Algunos entrecruzamientos temáticos entre teoría de la comunicación y antropología. 1999. en: www.rehue.csociales.uchile.cl/personales/eotero/tex02.htm.

Pross, Harry. Estructura simbólica del poder. Ed. Gustavo Gili. Barcelona, 1980.

Shields, R. Social espacialisation and the built environment: the case of the West Edmonton Mall. En: Society and Space 7, 2, pp. 147 – 64.

Venturi, Robert. Aprendiendo de Las Vegas. El simbolismo olvidado de la arquitectura. Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1978.

ANEXO. Enunciado de un temario preliminar

Para efectos de considerar una cartografía de regiones temáticas en la investigación arquitectónica y de sus orientaciones metodológicas se plantea a continuación un temario tentativo, de carácter tópico, en que se indican algunas diferenciaciones consideradas relevantes para el programa de un eventual curso sobre la materia.

1. La investigación en arquitectura como estudio de la obra arquitectónica

- a) Aspectos metodológicos de la consideración de la obra arquitectónica como resultado del impulso creador (arquitectura de autor).
 - La biografía de la concepción arquitectónica como trayectoria autorial.
 - La biografía de la concepción arquitectónica como desarrollo y cristalización de escuela arquitectónica.
 - La concepción arquitectónica como biografía colectiva en la cultura vernacular.
- b) Aspectos metodológicos en la consideración del discurso simbólico arquitectónico en la obra arquitectónica.
 - La legibilidad del texto arquitectónico como método de reconocimiento de significados arquitectónico urbanísticos.
 - La relación práctica-discurso como método de reconocimiento de significados socio-políticos de la obra arquitectónica.
 - La resignificación-actualización patrimonial de la obra arquitectónica.
- c) Consideraciones sobre la historia de la arquitectura. Orientaciones metodológicas de la investigación:
 - La obra arquitectónica como aspecto de la historia de los acontecimientos históricos.
 - La obra arquitectónica como historia de la producción del espacio.
 - La obra arquitectónica como historia de los edificios con historia.
 - La obra arquitectónica como historia de los significados.
- d) Consideraciones sobre el lenguaje y la poética en la obra arquitectónica. Orientaciones metodológicas de la investigación.
 - Estructuras de lenguaje arquitectónico.
 - Estructuras morfogenéticas de la expresión arquitectónica.
 - Estructuras de poética arquitectónica.
- e) Consideración de la obra arquitectónica como performatividad. Orientaciones metodológicas de los estudios sobre la habitabilidad de la obra habitada.
 - La lógica funcional racionalista de los actos.
 - La habitabilidad: vitalidad, sentido, adecuación, accesibilidad, control.
 - La representación intersubjetiva y legibilidad del sentido.
- f) Consideraciones sobre la obra arquitectónica en cuanto metalenguaje. Orientaciones metodológicas para:
 - la interpretación de las intenciones arquitecturales
 - escenarios políticos y concepción del proyecto arquitectónico

2. La investigación en arquitectura como estudio del proceder en la Proyección Arquitectónica

- a) Los procesos de proyecto en la sistematización metodológica del diseño arquitectónico.
 - La perspectiva de la “creática” en la metodología del diseño arquitectónico.
 - La perspectiva de la “investigación operativa” en la metodología del diseño arquitectónico.
 - La perspectiva de la teoría del sistema de objetos en la teoría del diseño arquitectónico.
 - La perspectiva de la teoría de la innovación.
 - La perspectiva de la teoría de decisiones.

- b) La conciencia autoral en la instancia de concepción del proceso de proyecto.
 - Posición histórico–existencial.
 - Otredad y sentido del proyecto.

- c) Los requerimientos de saber en la concepción fundante del proyecto.
 - La perspectiva del “genius loci”.
 - La perspectiva de la arquitectura de la ciudad.

3. La investigación en arquitectura como estudio del estatuto teórico del pensamiento arquitectónico

- a) Investigación sobre la naturaleza del pensamiento arquitectónico.
 - Teoría de la arquitectónica e historia de la arquitectura.
 - Teoría de la arquitectónica y crítica arquitectónica.

- b) Investigación sobre la historia de la teoría de la arquitectura

- c) Investigación sobre el estatuto disciplinario de la institución arquitectónica:
 - La perspectiva de la cientificidad.
 - La perspectiva de la Arquitecturología.
 - La perspectiva del valor cognitivo del arte.

- d) Investigación sobre la teoría de la arquitectura como teoría de la arquitectura de la ciudad.

- e) Teorías parciales de la arquitectura.
 - concepción de la obra.
 - práctica proyectual.
 - paisaje cultural.